

Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945

*Javier Rodrigo**
Universidad de Zaragoza

Si, llegado el caso, hubiésemos de encontrar un único término para definir el complejo, poliédrico periodo de la Europa de entre-guerras, buena parte de los historiadores sociales, económicos, políticos, y hasta la nueva historiografía militar sobre los conflictos mundiales que lo jalonaron, no tendría mayor problema en usar el de «teatro». Pues, en buena medida, la imagen resultante de la mirada sobre el continente en llamas es la de un escenario con actores individuales y colectivos que representan una obra en constante estreno, que experimentan en escena con ideologías de masas y con mecanismos de control, contención, manipulación y consenso público antes desconocidos y en la que los personajes considerados secundarios, al principio de la representación, protagonizarían una rebelión contra unas cabezas de cartel que verían convertida la expresión de su flaqueza en el motor de la fuerza de sus enemigos. Un drama, en definitiva, delimitado por dos grandes conflictos, dos guerras incendiarias que establecieron los jalones cronológicos e históricos de la probablemente mayor crisis de la humanidad en su conjunto, y cuyo acto final se desarrollaría entre sus cenizas funerarias.

Del cómo analicemos los años que van de 1914 a 1945 dependerá, por tanto y no sólo, la categorización que otorguemos a la parte más

* El autor participa en el Proyecto de Investigación «Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España, 1962-1982» (HAR2008-05949/Hist). Con mi agradecimiento, por sus buenos consejos bibliográficos, al profesor Ferran Gallego.

dramática (por continuar con la terminología escénica) del pasado reciente, alimento infinito e inagotable de memorias personales, sociales y hasta, si queremos, históricas. Además, de ello podrán extraerse conclusiones mucho más amplias y complejas sobre cómo representar e interpretar los experimentos sociales y políticos, exitosos o no, de aquellos años (fascismo, comunismo, democracia liberal), sobre cómo conocemos (o, mejor, hasta qué punto podemos conocer) los mecanismos pacíficos o violentos que marcaron, a hierro y fuego, la historia mundial a lo largo de aquella «segunda guerra de los treinta años» y, en definitiva, sobre cómo interpretar una de las latitudes del pasado más compuesta de presentes.

Hace ya diez años que Mark Mazower, en su *Dark Continent*, planteaba la hipótesis de que si algo había caracterizado a la Europa de entreguerras no era, precisamente, la linealidad irrefrenable del triunfo de la democracia; antes bien, señalaba que lo que parecía irremediabilmente triunfante a la altura de, pongamos, 1939 o 1941, era el fascismo, en sus diferentes formas, siempre impuras política y sociológicamente. Y, tal como anticipara Lyttelton, si algo caracteriza al fascismo es su uso de la violencia como amalgama social. Del estudio, digamos, clásico de las formas políticas de los fascismos, la historiografía bascula cada vez más hacia el análisis de sus prácticas sociales y culturales, entre las que destaca sin duda la violencia: baste pensar que, en su tratado sobre la Alemania nazi, K. D. Bracher no dedicaba prácticamente atención alguna al Holocausto, cosa que sería hoy impensable.

La hipótesis, en ese sentido, que manejan historiadores como Enzo Traverso para analizar el complejo escenario de entreguerras está precisamente en situar la lente analítica sobre los fenómenos de violencia de Estado, sobre las complejas continuidades y discontinuidades culturales que hicieron de ese periodo el tiempo histórico más violento, y de su memoria (o, mejor, de parte de ella), el más vivo emblema y tabú moral contemporáneo¹. Así, buena parte de la explicación de esa violencia como «acumulativa» y *supraindividual* reside

¹ MAZOWER, M.: *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001 (1998); LYTTELTON, A.: *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Roma-Bari, Laterza, 1974; BRACHER, K. D.: *Die Deutsche diktatur. Entstehung struktur folgen des Nationalsozialismus*, Berlín, Kiepenheuer & Witsch, 1969 (*La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza, 1973); TRAVERSO, E.: *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007.

en la consideración del periodo de entreguerras como un teatro, un espacio de aprendizaje y desarrollo de políticas y prácticas encaminadas hacia la alienación y eliminación del *otro*, donde la aceptabilidad de la violencia como canal político privilegiado se derivaría, fundamentalmente, de la experiencia de la Primera Guerra Mundial, el gran escenario bélico que supuso por primera vez el encuentro de grandes masas de población con la muerte, acaecida de manera violenta y masiva. Muerte de masas que no provenía de las que hasta entonces habían sido las causas de mortalidad masiva históricamente predominantes, y que inauguró en el espacio europeo la «guerra total», la fractura de las diferencias entre el mundo de la guerra con el de la vida civil.

La historiografía sobre esos treinta años centrales en el siglo del terror que fue el XX viene centrándose en los últimos años, por tanto, en la explicación de las causas, continuidades y discontinuidades en las formas, límites y dimensiones de la violencia de Estado, gravitando sobre tres grandes temas: la Gran Guerra, los fascismos y, sintéticamente, el Holocausto. Debates a los que la historiografía española, al margen de los afanes comparativos en torno a la Guerra Civil y del trabajo de algunos particulares y (pocos) grupos de investigación, no termina de sumarse, aunque se haya hecho eco de ellos —de hecho, en estas mismas páginas—². Y a revisarlos, aunque sea sumariamente, va a dedicarse este ensayo.

Umbrales de la violencia

No fueron sencillas las tareas de la Segunda República española o las de la República de Weimar. A finales de los años treinta, como se encarga de recordar Mazower, lo raro en Europa era el régimen liberal democrático, y lo normal las dictaduras de corte fascista o autoritario, el régimen predominante en la violenta época de entreguerras: dictaduras dirigidas a aniquilar los derechos del hombre y del ciuda-

² Me refiero a los artículos de CASANOVA, J.: «Europa en guerra: 1914-1945», *Ayer*, 55 (2004), pp. 197-126; y, para la Alemania nazi, GALLEGO, F.: «Estado racial y comunidad popular. Algunas sugerencias de la historiografía sobre el nacionalsocialismo», *Ayer*, 57 (2005), pp. 275-292; y, sobre todo, GALLEGO, F.: «La función social del exterminio. Algunas aproximaciones de la historiografía alemana», *Ayer*, 66 (2007), pp. 269-290.

dano para crear una «nueva civilización» basada en la militarización de la política, la sacralización del Estado y la primacía absoluta de la nación como comunidad étnicamente homogénea. Dominada por lo que George Mosse denominó la «brutalización» de la política, en el periodo entre las dos guerras mundiales, Europa vivió su mayor y más generalizada crisis de dominación, legitimidad y representatividad. Una crisis que jalonó de violencia los intentos de ascensión y mantenimiento en el poder en toda Europa y que, desde la disolución de las fronteras entre lo civil y lo militar durante la Gran Guerra hasta el intento de exterminio racial durante la Segunda Guerra Mundial, hizo de la primera mitad del siglo XX en Europa el tiempo histórico más brutal, sangriento y, en consecuencia, fundacional del anterior milenio³.

En algún momento ha de datarse el arranque de la espiral de violencia, fundamentalmente si ésta se comprende como acumulativa y se pretende explicar de manera retrospectiva. La tendencia más habitual entre los *genocide studies* —cuya penúltima representación se encuentra en la obra editada por Gellately y Kiernan— es la de llevar su inicio hasta el siglo XIX, continuando una tradición inaugurada por Hannah Arendt, según la cual pueden individuarse elementos bélicos y culturales que permitan encontrar raíces, antecedentes o hasta orígenes a determinados comportamientos violentos estatales (entre los que habría que contar las campañas de aniquilación y limpieza política de las retaguardias españolas durante la Guerra Civil) en las prácticas coloniales. Y así, muertes masivas como las de la guerra de Java de 1825-1830 (unos 200.000 aldeanos a manos del ejército holandés), las de Argelia de 1840, la reducción de la población indígena de California de 85.000 a 35.000 personas entre 1852 y 1860, la muerte de más de 100.000 indígenas mozambiqueños a manos del ejército portugués en su conquista del interior de la isla a finales de siglo, o la de casi 11.000 guerreros sudaneses a manos del ejército británico y de su fuego de ametralladora en 1898, vienen interpretadas como «genocidios», total o parcialmente, estirando tal vez el uso de una categoría compleja, atravesada de presupuestos históricos, jurídicos, sociológicos, antropológicos y morales, y cuya utilización desmesurada, a

³ MOSSE, G. L.: *Toward the final solution. A history of European racism*, Londres, J. M. Dent & Sons LTD., 1978; íd.: *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, Laterza, 1990.

veces, responde a la importación de las conclusiones y no de los debates sobre el mismo⁴.

Un caso, no obstante, sí que llama poderosamente la atención: el del exterminio del pueblo herero en el sudoeste africano entre 1904-1906 a cargo de las tropas alemanas. Desde 1884, según autores como Bruneteau, los indígenas hereros en Namibia se habían visto sometidos al confinamiento, a la ocupación de sus tierras, a la segregación y a la extirpación de los derechos mínimos. La rebelión fracasada de 1904 contra los granjeros alemanes habría dado el pistoletazo de salida a las medidas tomadas por las tropas al mando de Von Schlieffen para deportar al desierto a una población ya diezmada y que, en todo el proceso, pasaría de 80.000 a 16.000 personas. La identificación de la población eliminada, el carácter constante y acumulado de las políticas de segregación, exclusión y expulsión y, por fin, el carácter masivo de las prácticas eliminatorias sugieren que se puede tratarse del primer genocidio contemporáneo y, posiblemente, el único que razonablemente puede ser denominado como tal en el contexto colonial. El colonialismo en África y Oceanía fue terrible para las poblaciones colonizadas en su gran mayoría, y supuso antes la pacificación por la violencia que la paz, además de la explotación laboral (agrícola y ferroviaria, fundamentalmente) y la expansión a gran escala de enfermedades. Pero, salvo tal vez el caso del exterminio herero, hablar de genocidio en estos casos significa reinterpretar y remoldear tanto el término que se hace prácticamente inoperante⁵.

No lo es tanto, sin embargo, a la hora de explicar el que se considera el primer genocidio del «siglo breve», el de la población armenia en la Turquía de la Primera Guerra Mundial, con su tasa de identificación, desplazamiento forzoso, confinamiento y asesinato⁶. Y eso, de entrada, nos sitúa ante un elemento interpretativo que se verá reproducido, y magnificado, cuando hablemos de los genocidios rea-

⁴ GELLATELLE, R., y KIERNAN, B. (eds.): *The spectre of Genocide: Mass murder in historical perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; ARENDT, H.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974.

⁵ Por ejemplo, en STANNARD, D. E.: *American Holocaust. Columbus and the Conquest of the New World*, Oxford, Oxford University Press, 1992. Una denuncia, en BRUNETEAU, B.: *El siglo de los genocidios. Violencias, masacres y procesos genocidas desde Armenia a Ruanda*, Madrid, Alianza, 2006.

⁶ FLORES, M.: *Il genocidio degli armeni*, Bolonia, Il Mulino, 2007, y sobre todo AKÇAM, T.: *A shameful act: The Armenian Genocide and the question of Turkish responsibility*, Nueva York, Metropolitan Books, 2006.

lizados durante 1939-1945: el del contexto necesario, que sería precisamente en este caso concreto el del atravesamiento de los umbrales de aceptación de la violencia y la exitosa disolución de las diferencias entre las categorías de público y privado, de no-combatiente y combatiente real o potencial (y, por tanto, enemigo potencial o real), fronteras antes permeables pero ahora rápidamente atravesadas, desdibujadas y hasta borradas y disueltas en virtud de las necesidades de la «guerra total» de 1914-1918. Y es que, por más que encontremos raíces a los comportamientos *heterofóbicos* y por más que hallemos huellas lejanas de *desempatía* hacia lo y los racialmente «inferiores» en el colonialismo, con su bagaje cultural de darwinismo social, eugenesia, lucha racial y evolucionismo selectivo⁷, ninguna de esas políticas puede comprenderse sin la cesura histórica y sin la pedagogía de la violencia extrema que va a suponer para Europa la Primera Guerra Mundial, con su equipaje de muerte de masas, brutalización de la guerra, exterminio.

No parece necesario detenerse demasiado en ello, puesto que se trata de algo asumido y aceptado por casi la totalidad de la historiografía europea sobre el periodo de entreguerras, desde Mosse a Traverso, desde Kolko a Kramer, y con la única excepción prácticamente de Richard Vinen⁸. El penúltimo de los citados es, probablemente, quien en los últimos meses ha recogido con más interés la larga herencia de la historiografía sobre la Gran Guerra, pasada por el tamiz de su propia investigación sobre los crímenes de guerra alemanes en 1914, para proponer una interpretación de las consecuencias del conflicto y, por ende, del periodo en clave de violencia acumulativa —aunque con fuertes discontinuidades— derivada de la muerte de masas, las deportaciones, el culto a la violencia y la construcción de la nación como «comunidad de sufrimiento». Algo que trasciende lo ya conocido y estudiado por autores como Jay Winter, Paul Fussell, Eric Leed o Anto-

⁷ Sobre el darwinismo social, Herbert Spencer, Ludwig Gumplowicz, Galton, Haeckel, Gun y demás lecturas sobre eugenesia, lucha racial y evolucionismo selectivo de la biblioteca de Hitler, véase el estupendo trabajo de ANDREASSI, A.: *Arbeit macht frei». El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Madrid, El Viejo Topo-Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004.

⁸ KOLKO, G.: *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005 (1994); KRAMER, A.: *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007; VINEN, R.: *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo XX*, Madrid, Península, 2002.

nio Gibelli relativo a la guerra de trincheras, la totalización del conflicto y su memoria traumática, para estudiar además aspectos como las políticas de ocupación, el tratamiento de los prisioneros de guerra, las deportaciones de civiles, los sistemas concentracionarios y los trabajos forzados⁹.

En definitiva, la revisión de la centralidad de la Gran Guerra en la historia contemporánea de la violencia y en la memoria colectiva del siglo XX pasa, como sucede a la hora de analizar otros conflictos bélicos como la guerra de España —pues, aunque no participara militarmente en ella, no por ello dejaron de afectarle sus consecuencias en los terrenos culturales, militares, políticos, ideológicos o sociales—, por el análisis de las retaguardias y de los mecanismos de ocupación territorial¹⁰. Un referente todavía más cruel, en cualquier caso, es el que ofrece el frente oriental del primer conflicto mundial, pues en ese espacio se habrían dirimido más que en cualquier otro unas políticas de ocupación que, si bien no tuvieron mucho que ver con el genocidio, la muerte de masas, ni tan siquiera con la muerte inmediata de los soldados capturados en los frentes al contrario de lo afirmado por Bourke características de la Segunda Guerra Mundial, sí tuvieron mucho de barbarización, de radicalización y, fundamentalmente, de *nuevo*¹¹.

⁹ WINTER, J.: *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; FUSELL, P.: *The Great War and modern memory*, Londres, Oxford University Press, 1979 (1975); LEED, E. J.: *No man's land: combat and identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979; GIBELLI, A.: *L'officina della guerra. La Grande Guerra e la trasformazione del mondo mentale*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991. Sobre las represalias sobre la población civil, véase HORNE, J., y KRAMER, A.: *German atrocities, 1914. A history of Denial*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001.

¹⁰ Sobre la memoria de la Gran Guerra, WINTER, J.: *Sites of Memory...*, *op. cit.*, e *íd.*: *Remembering War: the Great War between history and memory in the twentieth century*, New Haven, Yale University Press, 2006. Sobre la retaguardia durante la Guerra Civil, véase el dossier *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*, en preparación para la revista *Ayer* en 2009. Un interesante apunte sobre la influencia de la primera en la segunda, en UCELAY-DA CAL, E.: «Tristes tópicos: supervivencia discursiva en la continuidad de una «cultura de guerra civil» en España», *Ayer*, 55 (2004), pp. 83-105 y, en particular, pp. 99-104.

¹¹ Véanse KRAMER, A.: *Dynamic of destruction...*, *op. cit.*; y HERBERT, U.: *Hitler's foreign Workers. Enforced foreign Labour in Germany under the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, en particular pp. 13-26. Sobre la violencia contra los soldados en el momento de la captura, BOURKE, J.: *An intimate History of killing: face-to-face killing in Twentieth Century warfare*, Londres, Granta, 1999, y,

Los más recientes estudios sobre el tema abundan, por tanto, en la conexión entre guerra total y genocidio, y en el estudio y la exploración de esos territorios de castigo colectivo, de luto y de aprendizaje de la violencia¹². Una violencia, por lo demás, de Estado y contra naciones enteras, que fue creada y experimentada, en la mayoría de las ocasiones por vez primera durante el conflicto internacional, y que creó en sus actores y espectadores la sensación de estar viviendo una auténtica y radical transformación y revolución histórica, acelerada por la concepción de una guerra de objetivos ilimitados, de destrucción total y completa deshumanización del enemigo sin precedente alguno. Una violencia, en definitiva, fundadora, partera de los movimientos fascistas y de la cual Europa heredó una nueva concepción de la sociedad: la de la nación como comunidad de sufrimiento y de dolor.

Formas de la violencia

Disolución y trasgresión de categorías; demonización del enemigo a través de estereotipos deshumanizadores; invasión y cruce de los umbrales de aceptabilidad de la violencia; utilización indiscriminada de la mano de obra de combatientes y de no combatientes; unión indivisible entre Estado, modernidad y violencia: todo eso podremos interpretarlo, aun con las precauciones teóricas necesarias hacia una categoría que ofrece tan sólo explicaciones de orden endógeno, desde la perspectiva que nos ofrecen categorías hermenéuticas como las de «cultura de guerra» —más útil para tiempos de paz que de guerra—, «brutalización» o «violentización» del orden en la Europa de entreguerras. Una cultura de combate, de culto a la muerte, que parte de la consideración como aceptable, justa y necesaria de la eliminación del enemigo en cuanto tal, en cuanto integrante de una unidad superior al individuo. Durante ese tiempo de aprendizaje colectivo, por tanto, tomaría su forma casi definitiva un tipo de violencia que marcaría la crisis de entreguerras, que encontraremos en los diferentes conflictos del periodo (y, sobre todo, en la Guerra Civil española), y que explotaría definitivamente durante en la Segunda Guerra Mun-

también, parcialmente, LUNA, G. de: *Il corpo del nemico ucciso. Violenza e morte nella guerra contemporanea*, Turín, Einaudi, 2006.

¹² BARTOV, O.: *Murder in our Midst. The Holocaust, industrial killing, and representation*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, en especial los capítulos 1 y 2.

dial: la violencia de tipo *supraindividual*, contra personas por cuanto son y representan, ejecutada bajo el amparo de una impunidad dada por segura.

Uno de los fenómenos más claros de radicalización política y objetivación de la violencia está, de hecho, en el surgimiento de movimientos fascistas. La relación entre la experiencia bélica y la aparición de los fascismos en la Europa de entreguerras aparece tan clara y evidente en la historiografía que casi no requiere más explicaciones. Intrínseco, diría Collotti, al ejercicio fascista del poder es el de la violencia de un aparato del partido sobre la sociedad. Todos los fascismos articulan, moldean e instrumentan mitos propios, y reinventan y adaptan mitos ajenos, sobre la violencia. Y sobre la violencia política y su evangelio se apoyan desde sus mismos orígenes, desde sus jornadas de lucha, de *squadrimo*, sobre las que se sustenta la comunidad de los fascistas y sobre las que se erigirán después, como ya anticipara Angelo Tasca, los movimientos de radicalización posteriores (en el caso italiano, la «segunda ola» de 1925-1926, tras el asesinato en 1924 de Matteotti). El de la aceptación de la violencia sería, así, un elemento homogeneizador al socaire del cual se limarían las impurezas ideológicas implícitas a todos los fascismos triunfantes (de naturaleza, por tanto, contaminada)¹³. Y, además, sería el parapeto tras el cual se refugiarían las tendencias conservadoras que, fascinadas por el carácter ontológico de su violencia, deslumbradas por su desprecio lúdico de la muerte, impregnadas y atraídas, en definitiva, por el magnetismo político hacia el fascismo, verían en él al brazo armado, al martillo, a la primera línea de fuego de la contrarrevolución.

En Alemania, nos recuerdan autores como Gallego o Wachmann, el terror —y, sobre todo, la objetivización del mismo desde 1934— fue el arma de exclusión, segregación, y también de inclusión y nazificación del Estado, estimulado desde la llegada al poder con el objetivo de la represión y la homogeneización política y social¹⁴. La misma

¹³ COLLOTTI, E.: *Fascismo, Fascismi*, Florencia, Sansoni, 1994 (1989); TASCA, A.: *Nascita e avvento del fascismo: l'Italia dal 1918 al 1922*, Florencia, La Nuova Italia, 1995 (1950). Sobre la violencia como elemento homogeneizador, para el caso del fascismo español, véase GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia y sus discursos: los límites de la “fascistización” de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», *Ayer*, 71 (2008), pp. 85-116.

¹⁴ GALLEGO, F.: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001; WACHSMANN, N.: «The policy of exclusion: repression in

Hannah Arendt, de hecho, definió el terror, usado como arma política, como una forma extrema de gobierno¹⁵. Una forma relacional, *social* del miedo *individual* empleada racionalmente para limitar la actuación a causa de la posible represión estatal violenta y como sistema máximo de implantación y reafirmación del poder, que implica elementos de comunicación y de arbitrariedad en las formas. Comunicación, porque se infringe sobre un sujeto —individual o social— para atemorizar y reprimir a un tercero. Y arbitrariedad, porque la verdadera relación establecida así está entre quien infringe la violencia y quien es receptor subsidiario, no directo, de la misma. De ese terror nació su hijo predilecto, el emblema y el espejo de la modernidad, perfeccionado desde los modelos de internamiento de prisioneros y civiles que hemos visto con anterioridad: el campo de concentración.

En ninguno de los escasos trabajos generales y comparativos sobre los mundos concentracionarios europeos (desde los clásicos de Rousset, Kogon o Kaminsky hasta los más recientes de Sofsky y Kotek-Rigoulot) existe una teorización aceptable que sitúe los sistemas de detención, deportación ilegal y masiva y uso forzoso de la mano de obra en correcta relación entre sí, que aclare los porqués del establecimiento en otras latitudes de sistemas de detención y retención, o que ayude, amparados en la especificidad del fenómeno, a comprender sus evoluciones históricas o sus radicales discontinuidades¹⁶. Y si eso es válido para analizar la dimensión internacional del fenómeno, sorprende aún más que también lo sea para estudiar las continuidades y discontinuidades del empleo del espacio concentracionario dentro de un mismo país, entre los que destaca la Alemania nazi, cuya com-

the Nazi State, 1933-1939», en CAPLAN, J. (ed.): *Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, pp. 122-145. Sobre la identificación y el registro del enemigo en la Alemania nazi, véase ALY, G., y ROTH, K. H.: *The Nazi Census. Identification and control in the Third Reich*, Filadelfia, Temple University Press, 2004 (2000).

¹⁵ ARENDT, H.: «Sobre la violencia», en ARENDT, H.: *Crisis de la República*, Madrid, Taurus, 1973.

¹⁶ ROUSSET, D.: *L'univers concentrationnaire*, París, Le Pavois, 1948; KOGON, E.: *Sociología de los campos de concentración*. Madrid, Taurus, 1965 (diferente al mucho más conocido publicado en 1946, *Der SS-Staat*, editado en castellano cincuenta y nueve años después, KOGON, E.: *El Estado de las SS. El sistema de los campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba, 2005); KAMINSKY, A. J.: *Konzentrationslager 1896 bis Heute. Eine analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982; SOFSKY, W.: *Die Ordnung des Terrors. Das Konzentrationslager*, Frankfurt-Main, S. Fischer Verlag GmbH, 1993; KOTEK, J., y RIGOULOT, P.: *Los campos de la muerte. Cien años de deportación y exterminio*, Madrid, Salvat, 2001.

pleja historia de los campos de concentración se deforma como ninguna al mirarse en el espejo del Holocausto y verse reflejada como un proceso deliberado y teleológico. Ésa es precisamente la historia de los campos de concentración alemanes y, sobre todo, la de los campos situados entre dos fechas, la de 1933 —apertura del campo de Dachau— y la del 20 de enero de 1942 —fecha de la Conferencia de Wannsee—.

Sin embargo, de continuidades y discontinuidades y de una fortísima interrelación con el proyecto sociopolítico del Tercer Reich está hecha la historia concentracionaria nacionalsocialista entre 1933 y 1939. Una historia de terror, con el internamiento, primero, de los enemigos políticos en los «campos salvajes» de las SA y, sobre todo, a partir de 1934 tras el triunfo del «modelo Dachau», con la represión y el terror legal hacia todos los hostiles al *Völk*, en los campos dirigidos por Eicke bajo la supervisión de Himmler¹⁷. Fueron, entre otros, los trabajos de Gellately sobre la GESTAPO y sobre la implantación del terror y del estado de excepción continuo, como arma política en tiempo de paz para la nazificación del Estado alemán, los que permitieron ver cómo la comunidad nacional se amalgamó en torno a la eliminación de la disidencia interna, bajo la bandera de la ley y del orden (hasta el punto de sacrificar en el altar de la «respetabilidad burguesa» a las SA de Röhm) y en medio de la construcción de una dictadura de «favores mutuos». Al amparo de esa bandera se construyó la protección y arianización del *Völk* mediante la separación y eliminación de la disidencia política, la expulsión de los socialmente «diferentes», la profilaxis frente a los considerados racialmente «inferiores».

Lo que Nikolaus Wachsmann añade a todo ese panorama, no obstante, es la necesidad de observar las continuidades en la estructura legal y penal a las que se añadió el sistema concentracionario, al menos hasta 1939. Las prácticas violentas y de exclusión fueron, a todas luces, acumulativas y graduales (y desde esa luz se observa la dinámica que va, por ejemplo, de las Leyes de Núremberg a la *Kristallnacht* y a la guetización de las minorías judías)¹⁸ pero necesitaron para lograr su máxima expresión del contexto propiciatorio. Lo cual,

¹⁷ MARCUSE, H.: *Legacies of Dachau. The uses and abuses of a concentration camp, 1933-2001*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

¹⁸ De muy reciente aparición, véase GILBERT, M.: *La noche de los cristales rotos. El preludio de la destrucción*, Madrid, Siglo XXI, 2008 (2006).

como el propio autor señala, vuelve a poner sobre la mesa la cuestión de la centralidad y la necesidad de la guerra para el redimensionamiento y, por ende, la consecución de los objetivos sociopolíticos de los fascismos europeos¹⁹. Los verbos encerrar, esterilizar, reeducar, expropiar y excluir se convirtieron en tiempos de guerra en hacinar, eliminar, aniquilar, reubicar y desplazar.

Sin embargo, frente a la tendencia un tanto cómica de relacionar los genocidios de la Segunda Guerra Mundial con la simple «barbarización» de los modos de la guerra total o con su singularidad alemana, la explicación de la violencia fascista está necesitada de otros muchos elementos sin los cuales no se comprende, sobre todo, el radical extremismo del nacionalsocialismo durante el segundo conflicto mundial. El trabajo de Alejandro Andreassi sobre el biologismo racial de los fascismos y su aplicación al mundo del trabajo es, en ese sentido, altamente clarificador. Pero no lo son menos los trabajos que, desde la historiografía italiana, están resituando el precario equilibrio propuesto por De Felice o Bracher —en pocas palabras: la violencia fascista italiana durante el *Ventennio* habría sido más influencia alemana que evolución propia— para observar con cada vez mayor claridad que habría sido el poso violento de la dictadura de Mussolini, y no solamente la imposición exógena, el origen de las matanzas durante la *Guerra di Liberazione*, su propia guerra civil de 1943-1945. Cuando Italia ha vuelto la mirada hacia, al decir de Lutz Klinkhammer, el «rostro de los asesinos», no ha encontrado solamente alemanes de las *Waffen-SS*²⁰.

¹⁹ WACHSMANN, N.: *Hitler's prisons. Legal Terror in Nazi Germany*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2004. GELLATELLY, R.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002; e íd.: *La GESTAPO y la sociedad alemana. La política racial nazi (1933-1945)*, Barcelona, Paidós, 2004 (1990). Véase, también, JOHNSON, E. A.: *El terror nazi. La GESTAPO, los judíos y el pueblo alemán*, Barcelona, Paidós, 2002 (1999). La cuestión del nazismo como dictadura de favores mutuos, en ALY, G.: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006, desde luego un título bastante alejado del original *Hitlers Volkstaat. Raub, Rassenkrieg und nationale Sozialismus*.

²⁰ El trabajo al que me refiero es la reedición del impactante libro de 1997 de KLINKHAMMER, L.: *Stragi naziste in Italia, 1943-1944*, Roma, Donzelli, 2006. Quien mejor ha trabajado, en cualquier caso, este tema ha sido PEZZINO, P.: *Anatomía di un massacro. Controversia sopra una strage nazista*, Bolonia, Il Mulino, 2007 (1997). Sobre el mito del «bravo italiano», véase BORGOMANERI, L.: *Crimini di guerra. Il mito del bravo italiano tra repressione del ribellismo e guerra ai civili nei territori occupati*, Milán, Fondazione Istituto per la Storia dell'età contemporanea-Guerini e Associati, 2006.

Lo endógeno, su combinación con lo exógeno y su situación en el contexto justo explica, además, bastante sobre la ejemplaridad de las formas de la violencia, y sobre todo la fascista, durante el verano y el otoño de 1936 en España: la sublevación, la revolución, el estado de guerra, no habrían sido, desde esta perspectiva, sino los elementos constitutivos del contexto necesario para llevar a cabo el que sería el gran proyecto social de limpieza y eliminación política del adversario. Un adversario identificado con anterioridad, cuya eliminación no solamente sería necesaria, sino también justa. En Italia, la *Grande Guerra* fue la primera experiencia colectiva de los italianos constituidos en Estado-nación, y de ella nació la alternativa del fascismo. El fascismo español, sin embargo, tuvo su prueba de fuego, su propia guerra, en la civil de 1936, siendo ésta (y no al revés) la que dotó de contenido a aquél²¹. Un proceso, por tanto, bidireccional y necesitado de una crisis global de dominación, que si puede denominarse «guerra civil europea» no solamente es debido al hecho de que se librase una guerra entre fascismo y antifascismo; sino también porque una característica de todos los países en los que triunfarían los fascismos sería la de hacerlo durante o desencadenar después una guerra civil, abierta o larvada.

Ambos aspectos los afronta Enzo Traversa, quien, en el estudio de la violencia «fundadora», en la distinción de ambas culturas e identidades políticas y en el análisis de cómo fascismo y antifascismo fueron las ideas generadoras, en su dialéctica, de la sociedad contemporánea, incide y amplía notoriamente la que otros hicieran entre comunismo y nazismo a raíz de su fundición *noltiana* bajo el epígrafe totalitario. Desde la percepción actual del siglo XX como siglo del terror y de la

Véase, también, como gran referencia para todo lo relacionado con la guerra interna en Italia, PAVONE, C.: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991. La fuerte tendencia a la autoexculpación nacional, según Adrian Lyttelton, ha podido ser un lastre — eminentemente político, ideológico e identitario — para el estudio del fascismo, al librarlo sistemáticamente del peso de la responsabilidad en los crímenes durante la Segunda Guerra Mundial. Véase BRACHER, K. D.: *Die Deutsche Diktatur...*, op. cit., e ID.: «Il nazionalsocialismo in Germania: problemi d'interpretazione», en BRACHER, K. D., y VALIANI, L. (eds.): *Fascismo e nazionalsocialismo*, Bolonia, Il Mulino, 1986, pp. 31-54 y, por supuesto, DE FELICE, R.: *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1989 (1969), e ID.: *Intervista sul fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 1997 (1975).

²¹ Un desarrollo de estas sugerencias lo ha propuesto el autor del presente artículo en RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

violencia, donde el repudio de los verdugos va paralelo a la entronización de sus «víctimas inocentes» (algo que no hace sino elevar a categoría histórica lo que es, en realidad, una categoría ético-política), aduce la necesidad de superar la aversión miope, esquematizadora y homogeneizadora que, a su juicio, despiertan en el presente por igual fascismo y antifascismo, interpretados como las dos caras de la misma moneda totalitaria²².

Y así, en la descripción, digamos *arendtiana*, del periodo como una cadena de conflictos entre dos grandes explosiones de violencia, una segunda guerra de los Treinta Años atravesada por la lucha entre revolución y contrarrevolución y hecha fundamentalmente *contra* la población civil, que convirtió la Europa de las dictaduras en un gigantesco matadero humano, en un enorme cementerio, el historiador italiano ofrece una dimensión rica, compleja y completamente diferente a la propuesta por Nolte para la noción de guerra civil europea. Pues, incluso cuando se ha de hablar del genocidio y, sobre todo, del Holocausto convertido en «religión civil» y en el deformante espejo donde se miran las violencias de cualquier tiempo y latitud, las regularidades son, a veces, más numerosas que las diferencias²³.

Frente al extremo

Facing the extreme es el explícito título original (acompañado de un no menos revelador *Moral life in the concentration camps*) con el que Tvetan Todorov situaba su acercamiento al debate sobre la memoria del Holocausto en términos de moral, ética, deber de conocimiento²⁴. De hecho, los fenómenos concentracionarios han sido y son materia preferente para la discusión pública, tal y tan fuerte es la

²² TRAVERSO, E.: *A ferro e fuoco...*, *op. cit.* Traducción al italiano del original francés al que deberá, por fuerza, seguirle una versión en castellano, condensa con pericia narrativa y rigor interpretativo demoledor los temas que han nutrido su obra (los genocidios nazis y su comparatividad y/o singularidad, los totalitarismos, la memoria colectiva europea, la responsabilidad de la historiografía como catalizadora del pasado para el presente).

²³ La cuestión del «espejo deformante» («distorting mirror») es de BARTOV, O.: *Mirrors of Destruction. War, genocide, and modern identity*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

²⁴ TODOROV, T.: *Frente al límite*, Madrid, Siglo XXI, 2007 (ed. or. inglesa: *Facing the extreme. Moral life in the concentration camps*, 1996).

equiparación, siguiendo a Bauman, de los campos de concentración con los excesos de la modernidad y la crueldad humanas. Se trata, pues, del tema central a la hora de estudiar la violencia de los fascismos europeos. Sin embargo, las categorías explicativas desarrolladas —y más comúnmente utilizadas— sobre lo concentracionario y, en particular, sobre los campos de concentración y exterminio alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, suelen resultar del todo insatisfactorias, estandarizadas, radicadas en la imposibilidad de aprehender históricamente el fenómeno de los genocidios durante el conflicto mundial. Y así, condenan los crímenes de masa o la banalidad o, peor todavía, la absoluta incompreensión.

El exterminio sitúa a los testigos, a los historiadores, a las víctimas frente a los límites más extremos de la representación del pasado. Es lo que le sucede al primer testimonio aportado por Claude Lanzmann en Shoah, cuando, frente al hermoso bosque que ocupa el espacio donde se situó el campo de exterminio de Chelmno, cerca de Lodz, reconoce el terreno pero no consigue creer que sea el mismo lugar, para concluir que lo que allí pasó no puede explicarse. El territorio concentracionario ha estado durante años abierto a la filosofía, a la antropología o a la religión, pero sus puertas espinosas se han cerrado, con raras excepciones —entre las que destacan sin duda las de Friedländer y, sobre todo, Raul Hilberg—²⁵, a la historiografía. Con ello, nos hemos encontrado con un evidente exceso de interpretación pero con escasa reconstrucción si lo comparamos con la importancia del hecho. Cuando esas puertas se han abierto por fin, se ha podido comprobar la necesidad del análisis sujeto a la cronología de los hechos, a los intereses sociopolíticos y económicos y, por supuesto, a cómo, en sus diferentes fases, los crímenes de masa perpetrados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial respondieron tanto al objetivo clave de la victoria bélica, como al deseo de construir el imperio alemán como comunidad racial homogénea²⁶.

²⁵ FRIEDLÄNDER, S.: *L'Antisémitisme nazi: histoire d'une psychose collective*, París, Editions du Seuil, 1971; íd.: *Memory, history and the extermination of the Jews of Europe*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 1993; HILBERG, R.: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005 (1961).

²⁶ La última, y voluminosa, aportación a esta historia la ha hecho MAZOWER, M.: *Hitler's Empire. Nazi rule in Occupied Europe*, Londres, Allen Lane, 2008, libro que por sí solo merece una recensión mucho más amplia de lo que pueda ofrecerse en este artículo.

Poco puede añadirse a lo dicho en estas páginas por Ferran Gallego²⁷. La maquinaria de exterminio que supusieron desde 1942 los centros de muerte directa encuadrados en la conocida como *Aktion Reinhard* es un ineludible espejo, por más que podamos considerarlo «fenomenológicamente único»²⁸, en el que reflejar la historia de la violencia de masas y la de la eliminación de las minorías sociales. Por ello, siendo coherente con su trascendencia histórica, la historiografía reciente se ha acercado a la historia (y, en realidad, también a la «pre-historia») del Holocausto desde tres perspectivas: la de la preparación económica, cultural, ideológica, política, social e infraestructural del crimen de masas, aspecto en el que destacan los trabajos de Götz Aly, la de su concreción práctica en los territorios del Este europeo durante la Segunda Guerra Mundial, que han analizado historiadores como Bartov, Gerlach o Herbert, y la de su realización, primero mediante mecanismos *sucios* de aniquilación directa, y después ubicada en el espacio concentracionario (destacan, aquí, los trabajos ya clásicos de Gross, Browning o Rhodes, pero también el «atrevimiento» de Xosé M. Núñez Seixas). Y todo ello, en definitiva, para tratar de responder a tres preguntas fundamentales: qué es el Holocausto, cuál es su específica cronología y por qué se desarrolla, tras la experiencia en 1941 de los *Einsatzgruppen* —las escuadras de las SS que seguían a la Wehrmacht y la apoyaban, con el asesinato de civiles, judíos, comisarios políticos o partisanos, en las tareas de ocupación del frente oriental—, dentro de los campos de exterminio²⁹.

²⁷ GALLEGO, F.: «La función...», *op. cit.*

²⁸ KATZ, S. T.: *The Holocaust in historical context. Vol. I. The Holocaust and Mass death before the Modern Age*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 28. Sobre la historicidad del fenómeno existe un larguísimo debate, estupendamente resumido por MILCHMAN, A., y ROSENBERG, A.: «Two kinds of uniqueness: the universal aspects of the Holocaust», en MILLEN, R. L.: *New perspectives on the Holocaust*, Nueva York-Londres, New York University Press, 1996, pp. 6-18, y por TRAVERSO, E.: «La singularidad de Auschwitz. Un debate sobre el uso público de la historia», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 17 (2005), pp. 111-118.

²⁹ Sobre las prácticas de exterminio corriente y la barbarización de la guerra, véase BARTOV, O.: *The Eastern Front, 1941-1945, German troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, Palgrave, 2001 (1985); véase, también, su artículo «German soldiers and the Holocaust. Historiography, research and implications», en BARTOV, O. (ed.): *The Holocaust. Origins, implementation, aftermath*, Londres-Nueva York, Routledge, 2008 (2000), pp. 162-184. De ese mismo libro es el importantísimo artículo de GERLACH, Ch.: «The Wannsee Conference, the fate of German Jews, and Hitler's decision in principle to exterminate all European Jews», en BARTOV, O.

Éstas son preguntas que ocupan a parte de la historiografía europea desde hace años pero que han tenido más bien poca trascendencia en España, al margen de la importancia que tuvo el conocido *affaire* Goldhagen. Debates que afrontan los aspectos culturales, económicos, políticos que explican cómo las mismas estructuras de poder, oportunidad, primacía política sirvieron, radicalizadas por el contexto *necesario* de la Segunda Guerra Mundial, para desarrollar la aniquilación en masa de civiles judíos y de prisioneros de guerra. Así, la destrucción absoluta perpetrada durante la guerra por el régimen nacionalsocialista deja de ser interpretada en términos de «total irracionalidad», «aniquilación por la aniquilación» o «colapso de la civilización», para ser observada dentro de una lógica brutal de reorganización y reubicación racial, o «política demográfica negativa», siguiendo a Aly y a Heim³⁰. Esa nueva historiografía sobre la violencia nazi interpreta, por tanto, la Segunda Guerra Mundial y, más concretamente, la ruptura del frente del Este como el marco propiciatorio necesario, la oportunidad histórica inimaginable para Goebbels en tiempo de paz, para la puesta en marcha del que habría de ser el gran proyecto sociopolítico del Tercer Reich, el genocidio y la reubicación racial en Europa³¹.

(ed.): *The Eastern Front...*, *op. cit.*, pp. 106-161. Un tema tratado también con sumo interés por ALY, G.: «“Jewish Resettlement”. Reflections on the Political Prehistory of the Holocaust», en HERBERT, U. (ed.): *National Socialist extermination policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Oxford-Nueva York, Berghahn Books, 2004, pp. 53-82. En este libro, de hecho, encontramos una detallada sistematización de estudios: sobre Polonia (Dieter Pohl), Ucrania (Thomas Sandkühler), Francia (Ulrico Herbert), Serbia (Walter Manoschek), Bielorrusia (Christian Gerlach), Lituania (Christoph Dieckmann) o Silesia (Sybille Steinbacher), entre otros. Sobre los *Einsatzgruppen*. Véase GROSS, J. T.: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002; BROWNING, Ch. R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Europa*, Edhasa, Barcelona, 2002 (1992); RHODES, R.: *Amos de la muerte. Los SS-Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona, Seix Barral, 2003 (2002). También sobre los mecanismos bélicos y de ocupación en el frente oriental, con el aporte además de testimonios epistolares directos, NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *Imperios de muerte. La guerra germano soviética, 1941-1945*, Madrid, Alianza, 2007.

³⁰ ALY, G., y HEIM, S.: *Architects of annihilation: Auschwitz and the logic of destruction*, Princeton, Princeton University Press, 2002, p. 3. Véase, también, ALY, G.: *Final Solution: Nazi population policy and the murder of the European Jews*, Londres, Hodder Arnold, 1999.

³¹ Una última aproximación al tema, en BARTOV, O.: «Eastern Europe as the Site of Genocide», *The Journal of Modern History*, 80 (2008), pp. 557-593.

Y de esos análisis se deduce, además, que el genocidio, la «Solución Final», no puede entenderse solamente desde el punto de llegada, Auschwitz, sino que es necesario acercarse al de partida: a Alemania, a Polonia, a Lituania, a los guetos de Varsovia y Lodz, a Ucrania o a Bielorrusia. Que los campos de exterminio, la maquinaria de muerte cuyos engranajes se terminaron de engrasar en Wannsee, nacieron de las necesidades económicas («las dificultades para alimentar adecuadamente a los alemanes propiciaron el genocidio de los judíos europeos», dice Aly citando a Gelarch)³² pero también del deseo de encontrar un sistema de eliminación humana industrial y no artesanal como los desarrollados por los *Einsatzgruppen*, con la colaboración de la población local. Y que el genocidio, en definitiva, aunó y dio coherencia científica, racial, económica, política y militar a los diferentes proyectos políticos e ideológicos (la represión política, el biologismo racial, el antisemitismo) del nacionalsocialismo, convirtiendo la masacre de masa en eliminación sistemática. Todo ello, claro está, acompañado de la construcción previa y deshumanización del enemigo, basada en la más radical *heterofobia* y maximizada por las necesidades bélicas, y necesitada de la gradual y acumulativa *desempatía* hacia el *otro*, sin las cuales no habrían podido atravesarse los umbrales de aceptación de la violencia extrema. Construcción, *heterofobia* y *desempatía* que, en los campos de muerte directa, llegaría a su grado máximo, a la «perfección»: no solamente la desaparición de la víctima; también, la desactivación casi completa del concepto de verdugo.

Es, por tanto, una cuestión más de fines que de mecanismos. Estos últimos estuvieron directamente relacionados con la industrialización de la muerte de masas, con la llegada a un grado tan extremo de desprecio hacia el *otro* que hizo legítima, justa, necesaria para el imperio la rapiña del enemigo, su eliminación limpia y sin huellas. Lo que genera, pues, mayores controversias radica en la individuación de los objetivos. Ya que, como demuestra el hecho que hasta la mitad de las víctimas del Holocausto fueran asesinadas en sus lugares de residencia, en operaciones de exterminio en masa en la que comunidades enteras tomaron parte y de la que muchas personas se beneficiaron, e igualmente como sugiere el hecho de que hubiese millones de muertos civiles que no fueron asesinados por su condición semítica (por no

³² ALY, G.: *La utopía...*, op. cit., p. 202.

hablar del asesinato masivo de partisanos y prisioneros de guerra), existen fuertes vínculos entre el Holocausto y muchos otros genocidios y muertes de masas del siglo XX: una, no precisamente menor, es la de aproximadamente dos millones de prisioneros de guerra rusos de los tres millones apresados hasta febrero de 1942 (en cifras totales, sobrevivieron en torno a 930.000 de los más de 5.700.000 apresados).

En definitiva, desligando el exterminio de su ya casi indefendible unicidad y carácter «sacro» y, sin embargo, poniéndolo en relación con el entramado ideológico y político del fascismo alemán, encontraremos fuertes similitudes y, por tanto, caminos interpretativos, con otros modelos y vías ideológicas y políticas nacionales al fascismo. Y, así, podremos observar cómo la guerra fue el humus necesario para su concreción, cómo su cultura fue la de la inclusión a través de la exclusión, y la violencia su práctica política más exitosa. Una violencia que, en el espacio físico adecuado según la cosmovisión económica y racial del Reich, y en el tiempo propiciatorio de la guerra, llevó la identificación, expulsión y expolio del enemigo, combatiente o no combatiente, no ya a su diabolización, sino a su extrema cosificación, aniquilación y rapiña.

Esos análisis, en suma, han reabierto las puertas de los escenarios concentracionarios, de los teatros del exterminio, a la historiografía. Y con sus herramientas, la razón moral sobre la unicidad del crimen que impone la mirada de la víctima ha quedado en un plano si no secundario, desde luego tampoco prevalente. Desde la perspectiva de la utilidad del exterminio y no de su irracionalidad, el viento de la Historia podrá quitar el peso de las cenizas de los crematorios y, por tanto, el peso de lo trascendente y *necesario*, casi como un fenómeno meteorológico, a su historia. Así es como la historiografía podrá utilizar esas herramientas, ya casi definitivamente perfiladas y enriquecidas por el examen del genocidio, para adentrarse en el estudio de otros fenómenos de violencia fascista. Y solamente así, en definitiva, podrá entenderse cómo a hierro y fuego, que era como Bismarck pensaba que habría de crearse el Estado-nación alemán, acabó construyéndose Europa, un continente reducido a las funciones de gigantesco matadero humano, primero, y enorme cementerio, después. Bajo el metal de las armas, y sobre los rescoldos de los fuegos de dos guerras, que dejaron entre sus cenizas a millones de soldados y civiles, y los cuerpos calcinados de las víctimas del gran emblema histórico y moral contemporáneo, el campo de concentración.